



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	006: DIFUSIÓN
CAJA	017
EXP.	109
DOC	0001
FOJAS	5
FECHA (S)	2002

A manera de presentación

EN PRENSA

Libros como éste que tiene el lector en sus manos, no necesitan "presentación". Muestran en sí mismos su calidad erudita y de investigación certera y regular. Para ponderar algunas de sus cualidades haré sólo breves comentarios.

Es para mi estimulante y no poco sorprendente el escrito que a continuación tengo el honor de reseñar. Se trata, sin duda, de un texto que sugiere y envuelve, no sólo a los entendidos en el arte y la arqueología olmeca, sino también a los nuevos estudiosos que se inician en estos quehaceres. En lo personal me ha estimulado porque asegura que investigaciones futuras y originales se ponen en marcha para dar respuestas más próximas y concretas a lo que son y a lo que conservan las esculturas monumentales olmecas.

El paso de los años es experiencia acumulada, con ello, la memoria histórica se enriquece y posibilita una mejor comprensión del pasado. Por otra parte, los avances tecnológicos inciden favorablemente en las fronteras de la comprensión. Es así que en lo que va desde los años treinta del siglo XX a nuestros días, el entendimiento en torno al pueblo olmeca ha sido considerable. Es lo que transcurre de ignorar una cultura a los intentos para reconocerla e interpretarla a través de la lectura, un tanto arbitraria, de sus esculturas. No hay código que permita su justa valoración icónica.

En un principio, después del asombro y la consecuente ofuscación al descubrir portentosas esculturas gigantescas y objetos de menor tamaño en translucidas piedras verdes -jade y jadeíta-, se pusieron los afanes en encontrar identidad cultural a estas obras que guardaban una fuerte unicidad, pero que no

correspondían a otras culturas por entonces conocidas. Entre los pioneros, incipientes arqueólogos, buscaron parecido con pueblos que habitaban otros sitios de las zonas tropicales de la costa del Golfo, y hubo algunos que se aventuraron a proclamar que los olmecas fueron mayas. No se sabía, como aún no se conoce, cuál era y si esta civilización tenía nombre específico. El término olmeca derivó de unos grupos muy tardíos, contemporáneos de los mexica y próximos al contacto español, más en ningún momento se ha aclarado quiénes fueron los creadores -que en muchos siglos los antecedieron- de las tallas colosales y de las breves esculturas en piedras verdes. Tampoco se sabe qué lengua hablaban, aunque hay inciertos estudios hipotéticos que rastrean el pasado de las lenguas y de los pueblos de esta región. No obstante, los avances en torno a esta mal llamada “cultura madre”, por ser supuestamente la primigenia, han sido esclarecedores gracias a estudios analíticos y cuidadosos como éste, que acerca de la escultura monumental da a conocer Ann Cyphers después de varios años de investigación.

Dije líneas arriba que ha sido también para mi sorprendente, ya que la autora establece racional y objetivamente un orden en las obras de arte que clasifica. De modo tal que organiza y etiqueta las esculturas olmecas para que, una vez catalogadas, resulten asequibles a la mente humana contemporánea. Me llama la atención, y me gusta su meticoloso análisis de las obras maestras que han estrujado por décadas a los interesados y estudiosos en la arqueología y en el arte del México antiguo. Los trabajos previos al de la doctora Cyphers se ocuparon en catalogar, describir y hacer algunas sugerencias, sobre el significado de estas obras. Hoy día, la autora exhibe propuestas novedosas de nomenclatura y, con ello, de interpretación. Así, presenta una visión diferente a lo antes dicho y se concatena en el proceso histórico de la justa comprensión. En su manera

analítica y mesurada, Ann Cyphers hurga y da nombres explícitos a los aspectos externos de las grandes tallas pétreas, de acuerdo con sus percepciones personales, ordenadas y sintéticas.

Las esculturas olmecas –y los fragmentos de ellas- han estado sujetas durante tres milenios a la degradación temporal y humana. Lamentablemente, este proceso sigue su curso sin barrera que lo limite. Se puede apreciar con notoriedad en las esculturas de La Venta, expuestas a la intemperie en el Parque-Museo de La Venta, y en menor grado de las de San Lorenzo, ahora protegidas bajo techo en el Museo de Antropología de la Universidad Veracruzana. Sin embargo, aún en los trozos menores y carentes, por su estado fragmentario, de la energía expresiva de las grandes esculturas, se reconoce la impronta sensual y naturalista del escultor olmeca que dominó sobremanera la piedra en San Lorenzo.

Ann Cyphers centra su investigación en las piedras labradas de los sitios que ha explorado desde que inició en 1990 el Proyecto Arqueológico San Lorenzo, Tenochtitlan (TASLT): San Lorenzo, Tenochtitlan, El Remolino, Loma del Zapote y Estero Rabón. La autora hace breve historia de las vicisitudes arqueológicas de los sitios, incluyendo el hallazgo –por ella y su equipo- en 1994 de la décima Cabeza Colosal de San Lorenzo, y de los beneficios culturales que se han proporcionado a los pueblos de Tequixtepec y de Potrero Nuevo con la creación de sus respectivos museos comunitarios. Estos fueron realizados con fondos de la Universidad Nacional Autónoma de México y en la actualidad están a cargo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, albergando algunas de las piezas más notables de los sitios.

En el primer apartado del libro que se refiere a “Escultura y sociedad”, se plantea que los monumentos “guardan información sobre las raíces más remotas de esta cultura”. Para acceder a ella “es indispensable seguir varios pasos iniciales de estudio, incluyendo el registro, la descripción y el análisis de las piezas”. Se contempla un total de 158 esculturas y es de gran utilidad su breve historiografía de catálogos anteriores.

Cyphers propone nueva clasificación y numeración, y describe los nombres que utilizó en su sistematización de las cédulas. Este cúmulo de datos cuidadosamente registrado, ha de ser de ayuda al estudioso o especialista interesado en tales afanes. A mayor información, mejores resultados en la comprensión.

También ha de ser hecho de admiración para los lectores, en otra parte media del libro, los datos registrados por la autora: “el volumen de la roca necesaria para tallar los 158 monumentos registrados en el presente *corpus* es de una cantidad mínima de 160 metros cúbicos de piedra, con un peso aproximado de 560 toneladas”. Esto implica que sin recursos de tecnología de transporte avanzada, pero con un gran potencial humano, se realizaron los colosos de piedra olmecas. La autora propone, en el último apartado de su interpretación, que el poder fue de tal magnitud y el material pétreo tan valioso, que se procedió a su transfiguración: los Tronos se volvieron Cabezas (según hipótesis de James Porter (1989) aceptada por Cyphers), y finalmente la actividad creativa olmeca “cesa al mismo tiempo que comenzó el éxodo de la población alrededor de 800 a.C.”

Gran parte de este tratado se ocupa de incorporar información que constituye un extenso cedulaario. En la parte final de cada cédula se anota amplia descripción y discusión sobre el objeto al que se hace referencia. Por último, es de gran utilidad para el interesado en los asuntos olmecas, los cuadros que la autora, con base en su clasificación, presenta en este libro.

La escultura olmeca de San Lorenzo, Tenochtiltlan es un avance significativo para el conocimiento del pueblo vigoroso y creativo escultóricamente, que hoy, a falta de otro nombre, llamamos olmeca.

Beatriz de la Fuente
Ciudad Universitaria
Julio de 2002